



## El *sujeto mujer*: construcción cultural y reto historiográfico

Elena Hernández Sandoica<sup>1</sup>

**Resumen.** La historiografía ha puesto en marcha, a lo largo del finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX, un poderoso andamiaje de construcción teórica y desarrollos prácticos de muy distinta entidad, cubriendo la totalidad del espectro político, cultural y social. En ese espacio múltiple, los estudios sobre mujeres y su acción, bien sea individualizada o colectiva, representan un reto que, por su incuestionable dimensión moral y política además de teórica, ya no resulta posible eludir sin deterioro para el conjunto de la profesión.

**Palabras clave:** Mujeres; política e historiografía; corrientes historiográficas actuales; democratización.

### [en] The Feminine Subject: Cultural Construction and Historiographical Challenge

**Abstract.** The historiography has launched, along the end of the nineteenth century and throughout the twentieth century, a powerful scaffolding of theoretical construction and practical developments of very different entity, covering the whole spectrum political, cultural and social. In that multiplicity, the studies on women and their action, well individualized or collective, are a challenge that, because its unquestionable moral and political dimension, in addition to theoretical, it is not possible to neglect without prejudice to the profession.

**Keywords:** Women; Politics and Historiography; Current Trends in History; Democratic Processes.

**Cómo citar:** Hernández Sandoica, E. (2016): El *sujeto mujer*: construcción cultural y reto historiográfico. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 38, Núm. Esp. 161-170.

<sup>1</sup> Departamento de Historia Contemporánea Universidad Complutense de Madrid (España)  
elenahs@ucm.es

Es muy posible que, como recuerda Giorgio Agamben en *Infancia e Historia*, fuesen los *Ensayos* de Montaigne la última obra europea fundada íntegramente en la experiencia, pues a partir de ahí la subjetividad se pondría al servicio del conocimiento racional, atenta a sus órdenes y dependiente de él. La experiencia -entendida como *sujeto que experimenta*, que *piensa*, *vive* y *siente*- quedará dese entonces aprisionada en estos márgenes estrechos, si es que Agamben acierta en su identificación del sujeto racional que encarna el *cogito* cartesiano. Ahí nacería precisamente el término de “sujeto”, desde la categoría gramatical que lo fundamenta, para dar entidad a esa fusión del *sentir* y el *pensar* que aúna las dos vertientes: experiencia y pensamiento “científico”. Y que supondría el predominio de este último, siendo que la existencia del *yo* implica pensamiento mientras que la experiencia se diluye en él.

La tradición filosófica occidental, que para un filósofo de la experiencia como Heidegger arranca de los griegos (y que, como advirtió Simone de Beauvoir por primera vez, ignora a las mujeres), o si quiere llegarse más acá, que encuentra sus pilares en Descartes y Kant, identifica *sujeto* con “autor” (autor de sus propias *ideas*, cuyo vehículo es la conciencia), y autor de hechos o *actos* (mediante el ejercicio de la voluntad). La *vida*, vida plena, individualmente considerada, exigiría su individual realización, al contrario que en otras sociedades anteriores o no derivadas de aquel tronco, para las que la vida es un proceso “en comunidad”<sup>2</sup>.

De aquellos elementos tenemos que arrancar, si ha de seguirse la historia occidental de la construcción del *sujeto mujer*; hoy devenida a su vez colectiva. Un proceso histórico que, invalidando la creencia orteguiana de que el hombre “hace”, mientras que la mujer “es”,<sup>3</sup> ha de abordarse más que nada a través de la huella de la propia *escritura* de mujeres, de la *palabra* puesta por escrito por mujeres diversas, convertidas en sujetos conscientes de toda época y varia condición. Tanto si esa palabra se destina a la esfera pública, o por el contrario se reserva al ámbito privado.

Las mujeres traspasan con frecuencia esos límites convencionales (lo público y lo privado) en el proceso de construcción subjetiva, aboliéndolos o confundiéndolos. Así lo han teorizado desde el feminismo cuantas autoras critican por considerarla artificial la divisoria o cesura de Habermas, tan exitosa por otra parte. Lo cierto es que, sin distinción apenas, en esos textos la mujer se reconoce *sujeto* (*persona* o *individuo*, en equiparación al varón), transforma prácticas ajenas negociando con ellas, y despliega otras propias con márgenes más o menos amplios de libertad. Quedan muchos resabios, sin embargo, de la fortísima concepción de Luis Vives, tan expandida por la cristiandad, de que de una mujer no debería esperarse elocuencia ni ingenio, ni presumirle memoria o arte de gobernar, pero la situación

<sup>2</sup> En el antiguo Egipto, por ejemplo. Allí, escribe Jan ASSMANN, “el hombre se considera ‘político’ en el sentido de que ‘solo puede vivir en comunidad’ (‘uno vive si otro le guía’, dice un proverbio egipcio). Sobre la premisa de que, sin apoyo y solicitud recíprocos los hombres no pueden vivir, los antiguos egipcios se componen una imagen del ser humano según la cual éste no aspira a la autonomía de una libre realización, sino a integrarse en constelaciones sociales.” (ASSMANN, J. (2015): *Poder y salvación. Teología y política en el Antiguo Egipto, Israel y Europa*. Madrid, Abada, p.233). En muchas sociedades africanas, según conclusión de los antropólogos, pervive ese tipo de concepción del ser humano (SUNDERMEIER, Theo (1988): *Nur gemeinsam können wir leben. Der Menschenbild schwarzafrikanischer Religionen*. Gütersloh, GTB).

<sup>3</sup> “La excelencia varonil radica, pues, en un hacer; la de la mujer en un ser y en un estar; o con otras palabras: el hombre vale por lo que hace; la mujer por lo que es (...) De aquí que la profunda intervención femenina en la historia no necesite consistir en actuaciones, en faenas, sino en la inmóvil, serena presencia de su personalidad...” (ORTEGA Y GASSET, José (1966): *Estudios sobre el amor*. Madrid, Revista de Occidente, p.5).

ha cambiado desde hace más de medio siglo ciertamente. Por decirlo con palabras de una impulsora muy reconocida de los estudios sobre las mujeres en España, M. Ángeles Durán:

“Contra lo que algunos creen o incluso desearían, la capacidad de reflexión de las mujeres no se limita (si es que no les niegan la posibilidad de intentarlo) a ese entorno ceñido a sí mismas que es la vida doméstica, el propio cuerpo o la casa. Una vez puestas a pensar, y a decir lo que piensan, y a pretender ser escuchadas, ningún ámbito de la vida humana les es ajeno; ni la urbe o la civitas, ni las representaciones del poder, ni el nombre de Dios”.<sup>4</sup>

Dando por descontado que el descubrimiento del sujeto, su invención filosófica y su apropiación consciente y performativa por los individuos son, pues, los ejes principales de la modernidad, nada puede extrañar que, en su despliegue social contemporáneo, el *sujeto mujer* haya ido reestructurando y completando progresivamente esa misma idea de la modernidad, acomodándola al desenvolvimiento histórico y a la expansión geográfica de las sociedades democratizadas. Sus atributos políticos esenciales (la *ciudadanía* y la *igualdad*), nacidos con el liberalismo ilustrado, constituyen preconditiones formales de las culturas políticas democráticas. Muchas de las inspiraciones feministas, de acuerdo con ello, indagan críticamente las características y limitaciones de la construcción política del sujeto mujer, subordinada como queda aquella a la distorsión jerarquizadora impuesta por el género; y lo hacen con marcos teóricos que alternan o contrastan la *igualdad* con la *diferencia sexual*.

No voy a detenerme aquí en mencionar aportaciones concretas de los *gender studies*, pero sí quiero destacar que, con sus escritos y su *acción* política, un puñado importante de mujeres (y más tarde de varones igualmente), desde la filosofía, la historiografía y las ciencias sociales, han agitado las aguas del pensamiento contemporáneo y no solo la práctica de la emancipación. Han puesto en pie un andamiaje intelectual en el que aparecen histórica y culturalmente definidos, con claridad, los elementos estructurales de una resistente desigualdad que rige las relaciones entre los sexos. La pervivencia de patrones de sesgo patriarcal, con convenciones sociales e interpersonales y estereotipos de género muy arraigados en la vida corriente (tanto en el ámbito público como en el privado), evidencia que esos estereotipos se ven reproducidos y multiplicados de modo recurrente, a toda escala, por individuos de cualquier sexo y género. Mas tampoco en este asunto voy a detenerme, toda vez que es difícil negar a estas alturas el valor hermenéutico de aquellos supuestos que dan cuerpo teórico a esta importante trayectoria de análisis, y ya no puede caber duda alguna acerca de la objetivación académica de tantos esfuerzos feministas por refundar los elementos básicos del pensamiento occidental, hoy ya globalizado.

No valdría engañarse sin embargo, y pensar que de ahí se hubiera derivado una transformación radical de las ciencias humanas y sociales, pero tampoco vale cerrar los ojos a su profundo impacto. Un impacto en el que la historiografía, entendida como escritura histórica reglada y académicamente validada, tiene mucho que ver. Historiadoras e historiadores de muy diversa orientación y origen han emprendido

<sup>4</sup> DURÁN, María Ángeles (1998): *La ciudad compartida. Conocimiento, afecto y uso*. Madrid, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España / Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer, p.15.

rutas y abierto cauces en una visibilización de la presencia femenina cuyos intentos previos, de siglos anteriores, quedarían frenados en su desbordamiento hasta mediados del siglo XX, cuando ya fue imposible contenerlos.

Prescindiendo también de un repaso siquiera a algunos de los cambios (sociales, culturales) que se hallan en la base, me limitaré a señalar tan solo ciertas claves con las que, a mi modo de ver, se materializa el flujo *subjetivo* (la conciencia femenina de la *individuación* equivalente) a través de la recuperación del concepto de “experiencia”, una recuperación que va siendo trasladada *in extenso* a la agenda de los historiadores en muchas de sus perspectivas y sus dimensiones. “Lo que queda evidente”, se expresaba J.M. Jover al ser entrevistado -ya avanzada su vida- acerca de su memoria personal y local, “es una conciencia de continuidad familiar transmitida oralmente de mujer a mujer”<sup>5</sup>. Ese proceso de transmisión cultural lo reconstruye especialmente la biografía de mujeres, una tendencia también visible ahora en la historiografía española. Tras mencionar brevísimamente aquellas claves, tendré que contentarme aquí con presentar parcialmente un estudio de caso basado en mi propia tarea personal, expuesta en amplitud en otra parte.<sup>6</sup>

Desde Virginia Wolf hasta ahora mismo, la tradición anglosajona -hoy extendida por el mundo como nunca antes lo fue- hace descansar el factor decisivo de la diferencia sexual en la experiencia específica de la *mujer como mujer*, tanto cultural como biológicamente. Esa experiencia femenina presenta facies de distinta entidad, unas derivadas del cuerpo y sus funciones ligadas a la conformación (y/o materialización) reproductora -esencialmente la maternidad-, y otras diversas pero siempre articuladas por el género, configuradas históricamente según culturas y sociedades. La “identidad femenina”, sus roles y su naturaleza, serán producto así de la experiencia vivida por cada mujer, desplegada según reglas y márgenes de actuación que forjan y condicionan su percepción del mundo y nutren su acción y su producción cultural.

Desde las décadas de 1970 y 1980, los estudios sobre mujeres se han desplegado sobre todo a través de estrategias cualitativas de inspiración antropológica, pero también sociológica y, progresivamente, psicológica. En su conjunto, han abierto la puerta a reflexiones más adecuadas a la cambiante realidad (social, intelectual y profesional) del siglo XX. El concepto de “género” no es ya una novedad -engorrosa aún acaso para algunos- en la historiografía, sino una herramienta que, muchas veces ya, ha sido incorporada a cuantos análisis aspiren a respetar el valor sustantivo de la dimensión discursiva de la acción humana y su configuración relacional.

La crítica feminista, en los años 70, se incorporó al importante territorio analítico de la historia de la ciencia, y ahí puso de relieve el papel, tan decisivo como engañoso, de la biología. Las ciencias naturales, en sus enfoques, no serían así ajenas a

<sup>5</sup> “Ellas han alimentado y mantenido la memoria histórica de muchas familias a través de viejas cajas de recuerdos, repletas de cartas, fotografías, recortes de prensa, viejas postales y recordatorios; a través del relato de viejas historias familiares transmitidas de generación en generación” (JOVER, José María: *Cartagena y Murcia. Sueño y realidad*. Edición de F.J. Guillamón, Murcia, Editum, 2013, p.127).

<sup>6</sup> Proyectos de Investigación HAR2014-53699-R, *La voz de las mujeres en la esfera pública (siglos XVII-XX)* y HAR2011-26344: *Mujer, liberalismo y espacio público en perspectiva comparada*, ambos con Rosa María CAPEL como Investigadora Principal. En deuda con ellos mis estudios sobre Rosario de Acuña en E. HERNÁNDEZ SANDOICA, ed., *Política y escritura de mujeres*. Madrid, Abada, 2012, y *Espacio público y espacio privado: Miradas desde el sexo y el género*. Madrid, Abada, 2016.

la reproducción de la ideología de género, omnipresente; sino que al contrario habrían contribuido (y aún seguirían haciéndolo, a pesar de ese desenmascaramiento) a la reproducción artificial –es decir *cultural*, no natural- de los roles de género, en una apropiación por parte de los sujetos que por su propia naturaleza inconsciente, jerárquica y desigual, viene a ser negada, “naturalizada”. Eso es lo que la haría tan eficaz y compartida.

Con la aplicación del género, viene a decirse, se evitaría el escollo de tratar de encontrar en nosotros identidades individuales únicas e integradas, completas y rotundas, sin erosiones fragmentarias, claroscuros o zonas a contraluz... Si bien la identidad plena y coherente, como se sabe, es una de las ideas clásicas del humanismo occidental, y hay que advertir que ese supuesto no solo queda cuestionado por variados enfoques feministas, sino que ha sido a su vez puesto en cuestión por toda filosofía que halle su origen en Nietzsche. De este modo, con independencia de la diversidad de inspiraciones feministas con que contamos, además de una importante contribución al deterioro del objetivismo,<sup>7</sup> está en marcha un consenso amplio sobre la idea de que el sujeto mujer es múltiple, y que muy posiblemente es un sujeto nómada, cambiante, ya que a lo largo de la historia de las sociedades, exhibe privilegiadamente ese nomadismo en sus escritos, en sus testimonios y en sus prácticas.

Son muchas las perspectivas que eluden el realismo objetivista, unas y otras de modos variados y que revisten gran importancia en los escritos sobre mujeres. Muchas de ellas tienen que ver, más o menos directamente, con la llamada “ética de la ambigüedad” derivada de un texto de Simone de Beauvoir, anterior a la fecha decisiva en su vida de 1949, que defiende la idea de que la mujer expresa mejor que el varón la condición humana, y que esa condición humana es esencialmente ambigua y conflictual (lo desarrolla ampliamente Toril Moi en su biografía intelectual de la filósofa francesa). Igualmente, con el “descubrimiento” de Beauvoir de que la mujer no cabe (y es imposible que quepa...) en la tradición filosófica cristiano-occidental porque en ésta se define por contraste, por oposición, en su relación con los demás: la mujer sería “el otro” del “Uno” (con minúscula y mayúscula respectivamente), siendo el *Uno* varón. Ello haría del ser de la mujer, de la identidad femenina, algo obligadamente *relacional*.

Se beneficiaron más rápidamente de todo ese andamiaje las historiografías más dinámicas de la segunda mitad del siglo XX: la originada en los Estados Unidos, pero también, y a veces con gran fuerza y creatividad, las “poscoloniales”: Sudáfrica, la India, Australia, Nueva Zelanda, y asimismo algunas de las nórdicas y las latinas, espoleadas por la “segunda ola” del feminismo. Ciertas aportaciones sorprendieron con su impactante capacidad para la síntesis y por la innovación conceptual en cuanto al tratamiento de la(s) experiencia(s) biográficas de las mujeres y, en consecuencia, por su capacidad de construir una *historia de la subjetividad* entendida como una historia de la individuación de los sujetos, de su expresión política y, cada vez más visible, de su configuración emocional.

Los *giros* sucesivos en la escritura histórica, con la incorporación del lenguaje, la imagen o la representación, así como el carácter consciente y autoreflejo de todo conocimiento, como principios teóricos fundamentales, han transformado drástica-

<sup>7</sup> Helen LONGINO, por ejemplo, opina que la objetividad es una propiedad a la que la ciencia, como estructura colectiva, puede aspirar, pero no en cambio el científico individual. Su propuesta es así estudiar la ciencia no en sus contenidos, sino en sus prácticas, como un proceso y no como un producto.

mente los acercamientos al sujeto mujer, al tiempo que le han dado peso como objeto de estudio. Pero no hay que olvidar que, en gran medida, han sido las propias mujeres las que han expandido, en las ciencias sociales y en la historiografía, las distintas maneras de “mirar” ese objeto.<sup>8</sup>

Consideraciones experienciales han devenido campos privilegiados de aquella historia oral que poco a poco, casi insensiblemente, ha ido “normalizando” el enfoque subjetivo. Es esa perspectiva la que otorga a la autobiografía de mujeres una luz especial, cada día más apreciada. Concebida como un modo de fijar la inestabilidad de la experiencia en curso de vivirse, la autobiografía no es, a pesar de las apariencias, un acto individual y subjetivo pleno, ni un ejercicio de la más absoluta privacidad o intimidad; sino un acto deliberadamente interrelacional abocado hacia afuera, que obliga a quien escribe a sostener la presencia de un lector imaginario, importante factor de interiorización del mundo exterior en su propia conciencia. Y en el marco de la historia de las mujeres, de una manera u otra, lo que se halla en juego es también la consideración ontológica del individuo, el duelo sostenido por el ariete de *subjetividad e individualidad*.<sup>9</sup>

Por lo demás, si la relación entre mujer y política, o la idea sobre la acción de aquella en este ámbito, han cambiado radicalmente a ojos del historiador o historiadora que abordan su consideración en nuestro tiempo, ello se debe al desafío planteado por muchas de las principales teóricas del feminismo, a las ideas y discursos que lanzan al torrente circulatorio desarrollando o contradiciendo a pensadores masculinos de extraordinario peso, como Foucault o Derrida, así como a la cantidad grande de información e interpretación sobre las vidas, obra y pensamiento de mujeres, ya sea solas o en grupo, que el ámbito académico de los “estudios sobre mujeres” ha ido aportando, y que sigue su curso activamente. Por la dilatación que el término “política” ha experimentado en su conjunto, y por su expansiva introducción en la esfera de representaciones y discursos, hoy entendemos que, al espacio público al que parecería referirse inevitablemente el ejercicio de la política, muchas mujeres -a lo largo del tiempo- se habrían mantenido menos ajenas de cuanto se suponía previamente. Las formas de acción política se han hecho además plurales y diversas; de manera que no es solo su presencia pública lo que se busca rescatar, sino esas otras formas directas y ligadas al cuerpo, más privadas e íntimas, de *hacer política* como ejercicio de subjetividad.

No hay nada sin embargo exótico o voluntariamente marginal en esas perspectivas. El ámbito global en que se inscriben tales aproximaciones viene a ser, de modo necesario, el de la historia social, a su vez encuadrada en la historia nacional y local. Apoyada en el uso de las fuentes orales más de una vez, para la consideración de la experiencia la biografía ha sido la forma más inmediata de recuperación de lo vivido, en una remodelación de sensibilidades (en una dirección más democrática) que caracteriza, desde las últimas décadas del siglo XX a buena parte de la historiografía, y que no es ajena a cierta sobresaturación emocional propia de nuestros días. Con estas notas de caracterización, los estudios sobre mujeres han ido consiguiendo mayor presencia pública,

<sup>8</sup> “Para una mujer, leer como una mujer no es repetir una identidad o una experiencia ya dada, sino representar un papel que construye con referencia a su identidad como mujer, que también ha sido construida”. (CULLER, Jonathan (1984): *Sobre la deconstrucción*, citado en POTOK, Magda (2010): *El malestar. La narrativa de mujeres en la España contemporánea*, Poznan, Wydawnictwo Naukowe / Universidad Autónoma de Madrid).

<sup>9</sup> HELLER, Thomas C. et al., eds. (1986): *Reconstructing Individualism: Autonomy, Individuality, and the Self in Western Thought*, Stanford, Ca., Stanford University Press.

más energía y visibilidad universales, de manera que aquel foco potente situado en los Estados Unidos no es por fuerza ya siempre el ámbito de la vanguardia, ni la filosofía francesa y sus derivados la fuente principal de inspiración.

Con todo, dista ya mucho la situación actual de aquel arranque pionero de exploraciones históricas y socioantropológicas que se volcó en su día sobre los “sin voz”, los marginados y excluidos, entre ellos mujeres. Pero en la búsqueda de las voces y los rastos perdidos proliferan las interpretaciones o hermenéuticas por las que se abre paso la experiencia vivida, la *acción* y la *palabra* de mujeres, muchas veces narrada por ellas. La mujer aparecerá entonces, con mayor claridad, como un “sujeto signifiante” y expresivo de la diferencia sexual. Junto a la diferencia sexual se hacen visibles “otras diferencias” que alejan los estudios sobre mujeres del esencialismo inicial: la distinción de etnia o raza junto con la clase social -cuyo peso renace en toda su crudeza en épocas de crisis económica como es ésta en la que aún nos hallamos sumidos-, como también la diferencia de contexto geográfico y lugar; pero asimismo la diferencia de elección afectiva y sexual, o más recientemente la incorporación de las diferencias de edad.

De esta manera, perspectivas muy diferentes insisten en explorar la cotidianidad y las situaciones concretas que marcan y definen la vida de una mujer. Las experiencias femeninas, analizadas en su diversidad, afloran en una insistente reelaboración de la escritura en el interior de los propios estudios sobre mujeres, en un permanente ejercicio de reflexión sobre el sujeto histórico consciente y la relación entre estructura y acción. Porque es indudable que la subjetividad (la “vuelta del sujeto”, como se le llamó equívocamente a ese proceso) se ha convertido en un foco de inspiración cada día más grato desde la década de los años 80 en adelante, desplegada en gran parte de la producción de ciencias humanas y sociales, en correspondencia con la tendencia creciente que concede a los actores sociales (también al propio investigador social) el reconocimiento reflejo de su “voz”, la “autoconciencia” respecto a su propia presencia e identidad. Como hace el psicoanálisis, y con frecuencia basándose en él, los estudios feministas han tratado de poner de relieve el papel de la diferencia entre los sexos sobre la constitución de la subjetividad: se experimenta y se recuerda, viene a decirse, de manera condicionada por el género; la memoria y sus formas son diferentes, lo cual incide incluso en distintas formas gramaticales de expresión.

Un último apunte de tipo general. A pesar de ese “giro subjetivo”, es aún mayoritario –como seguramente seguirá siéndolo y quizá no pudiere ser de otro modo-, el uso de fuentes que no pueden considerarse estrictamente documentos personales. Incluso cuando son de este tipo los que utilizamos de preferencia (cartas, diarios, autobiografías, relatos orales...), en muchos casos buscamos en ellos más la objetividad (o como máximo la intersubjetividad) de los procesos que la proyección estrictamente personal, subjetiva y experiencial, que contienen. Hay que notar que ello ha sucedido en paralelo a lo que en la narrativa literaria, por el contrario, se considera “reprivatización” de la literatura (Mainer) o “apoteosis del yo” (Gullón), es decir: la insistencia en definir el ser como ente personal y no como ser social, siendo que antes, en los años 50 y 60, había dominado la novela social. Hasta no hace mucho, y siempre en referencia concreta al contexto español, las barreras seguían establecidas entre quienes desde la historia miraban, o mirábamos, de un modo particular y propio al sujeto mujer, y quienes desde la crítica literaria especialmente ponían en marcha mecánicas de análisis en torno a estrategias de apropiación diferenciadas (el *leer como una mujer* los escritos de ficción con personajes femeninos).

Me gustaría enumerar ahora brevemente alguna de las posibilidades que he explorado, o que quisiera seguir explorando, en el tratamiento de la biografía de mujeres, a propósito de un proceso de subjetivación, la(s) vida(s) representada(s), bien consciente su autora de su valor experiencial, en la escritura de una mujer extraordinaria, Rosario de Acuña y Villanueva (1850-1923). Una obra ceñida a la vida, y una vida entendida como construcción de la *persona*; más aún: un ejemplo de beligerancia, ruda y empecinada, contra el poderoso andamiaje del género, ultraconservador y regido por la Iglesia, que albergó la España de su tiempo.<sup>10</sup>

De peripecia muy compleja, por lo plena de avatares y lo combativa que fue, su vida atraviesa una segunda mitad del siglo XIX en la que, desde unos orígenes cómodos y burgueses, su fuerte personalidad juvenil (lectora empedernida y escritora afanosa) se asomó entusiasmada al precipicio de todo aquello que condenaba la sociedad en que ella vive: el republicanismo, el librepensamiento, el laicismo, la masonería, el darwinismo, la afirmación social y personal de la *mujer no especialmente femenina* en el sentido convencional de la expresión, ese destino de “ángel del hogar”... Un universo de prohibiciones, un cruce de ideas que le sería negado a la inmensa mayoría de las mujeres de su tiempo, pero que abraza Acuña con decisión y fuerza, pasada la treintena de su edad, con acusada fuerza racional y un alto grado de confianza en sí misma (como “autora” que iba a sentirse, no lo olvidemos, “responsable” de sus actos e ideas). Le invade a veces una sensación embriagadora de eso que hoy llamamos “empoderamiento”, y otras en cambio algo que intuimos como depresión, abatimiento extremo. Y todo eso, en fin, que su abundante y variada obra transmite como destilación narrativa de su experiencia, nos habla, vivamente, de una mujer real.

La mayoría de los escritos de Acuña son una textualización de la experiencia vivida por la autora, de su modo concreto de percibir el mundo y de construirlo también, de “hacerse” una vida que, vista desde hoy, por su alto grado de autonomía personal, nos resulta a veces sorprendente. Tan atractiva como lo fuera la de Emilia Pardo Bazán, coetánea suya y también transgresora (incluso en aspectos de abierta conducta sexual que no explicitó Rosario, celosa de la naturaleza real de su estrecha relación con un varón).

Sin entrar en detalles, destaco solo las abundantes posibilidades que sus escritos de prensa, el ensayo periodístico, la poesía, el teatro o la ficción que publicara Rosario de Acuña ofrecen como ejes de reconstrucción biográfica. Es clarísima su conciencia de estar superando la división entre lo público y lo privado, de estar combando la doble superficie de la “verdad histórica” y la “verdad literaria” en su ejercicio de autoconstrucción, en su consciente elaboración como persona. La experiencia vivida, y su reiteración representacional a través de los textos, permitiría a Rosario la fusión de ambos planos.

La escritora nos ofrece indistintas, en sus escritos de uno u otro tipo, aquellas “marcas de feminidad” que la crítica cultural rastrea a veces cuando indaga sobre el sujeto femenino. Su experiencia cotidiana (y, por lo tanto, la percepción del cuerpo pero, púdicamente, no de la sexualidad) dejará al descubierto marcas externas de una convivencia doméstica que, a todas luces, sería socialmente condenable: convive con un joven, veinte años menor, tras separarse del marido (no es posible en aquellos

<sup>10</sup> Sobre la obra de Acuña, resultan imprescindibles autores como José BOLADO -editor de la obra completa conocida hasta aquí-, Macrino FERNÁNDEZ RIERA, Carmen SIMÓN PALMER, Ana María DÍAZ MARCOS, Christine ARKINSTALL y algún otro nombre también imprescindible, todos ellos citados ampliamente en mis dos trabajos sobre la propia Rosario de Acuña (2012 y 2016) que aparecen citados en nota 6.

momentos el divorcio, suprimido en la Restauración). Y no son aquellas marcas las únicas de su comportamiento, entreveradas con apuestas *políticas*, en el sentido lato de la expresión: destaca Acuña por su esfuerzo a favor de una educación igualitaria, por la equidad en las relaciones entre los sexos, por el valor otorgado al trabajo de la mujer en el hogar (incluyendo la pequeña empresa doméstica), etcétera. Y, al hablar de esas cosas, aquellas marcas han dejado constancia permanente de su anticlericalismo sistemático, de su aversión al papel de la Iglesia a través de sus ministros (no de carencia de religiosidad) como un lastre, a sus ojos, en la construcción de la mujer; la mujer como persona, como *igual* al varón.

La fuente de la que procede el deseo de escribir de Acuña no es el amor, el enamoramiento y el sufrimiento o goce derivados de este, la pasión erótica o la fijación sentimental, como suele suceder en buena parte de la escritura de mujeres, incluso en el marco del soberbio modelo de tantas escrituras autobiográficas, la obra de Teresa de Jesús. La pulsión creadora de Acuña no procede de ahí, aunque podríamos advertir acaso en ambas, en la santa de Ávila y la *santa laica* que Acuña fue, un paralelo en rasgos de lenguaje. Teresa, en efecto, elaboró un modelo de comunicación literaria que, como recuerda Alicia Redondo,<sup>11</sup> es un “escribir desconcertado”, un alegato de estilo “apasionado, desordenado, casi oral, con frases inacabadas y palabras vulgares...” En el caso de Rosario, por su parte, tenemos neologismos un tanto ingenuos, inventos de concepto más de una vez chocantes, signos de puntuación descolocados, un altísimo grado de emotividad... y, desde luego, un sesgo oral constante, deliberado, utilizado por la autora como recurso retórico y emotivo constante, que busca cercanía e inmediatez, complicidad con el lector; y que no solo se dirige a empatizar con la lectora femenina, aunque a ella se oriente muchas veces, sino que trata de elevarse por encima de la fractura de género como una suerte de reproche al varón.

Su visión del sujeto mujer no es victimista sin embargo, pero sí tiene en cuenta la diferencia sexual. Diferencia que (lo mismo que Emilia Pardo Bazán, y en los dos casos por sus respectivas experiencias matrimoniales), Rosario entiende como un producto o resultado cultural, es decir, por la lejanía de deseos y expectativas entre ambos sexos que se derivaría de la diferente educación entre niños y niñas, un error que ella imputa a las propias familias más que a la escuela (de origen social alto, Rosario estudió en casa). Nunca consideró esa diferencia asentada en la brecha de la biología, si bien, como ser de su tiempo y además muy sensible a las corrientes del pensamiento médico, Acuña vaciló en este aspecto, y más de una vez dudó en torno a la cuestión del distinto tamaño del cerebro en hombres y mujeres, y sus posibles consecuencias sobre la capacidad e inteligencia respectivas. Leída a la luz de autoras consideradas a estas alturas “posmodernas” (Rosi Braidotti, Judith Butler, Luce Irigaray quizá...), que se esfuerzan por desligar el concepto de “diferencia” de la lógica dualista que contrasta sexo con género y que enfrenta naturaleza con cultura, oponiendo asimismo cuerpo y mente, Rosario de Acuña es variable y acaso constituya un sujeto “nómada”, un ejemplo temprano de subjetividad femenina no clasificable con facilidad... Al contrario, posee una identidad polimorfa, abierta y fluida, que como dice R. Braidotti, está siempre configurándose en el tiempo y “se refiere al devenir”.

<sup>11</sup> REDONDO, Alicia (2001): “Introducción literaria. Teoría y crítica feministas”, en C. SEGURA, coord.. *Feminismo y misoginia en la literatura española. Fuentes literarias para la historia de las mujeres*. Madrid, Narcea, p.25.

En este sentido, un texto que acabo de expresar hasta donde he sabido, “La Jarca de la Universidad” (1911), proyecta al exterior el que iba a considerarse impropio lenguaje de una mujer decente (¿qué consecuencias tiene un lenguaje de mujer soez y burdo como el que allí emplea ella...?). Convertido en herramienta política el suceso desencadenado por ese artículo, la imputación a un grupo de estudiantes de falta de virilidad por burlarse de sus compañeras, las primeras chicas que acudirían a San Bernardo a estudiar, traspasa el límite de lo “decible” y organiza un escándalo importante en relación con el reparto de espacios y de roles de género. Un escándalo que pronto se disimuló, pero que a ella le costaría el exilio temporal para huir de la cárcel. El género que había recibido Acuña en función de su sexo (y que sin duda, a su manera, ella misma construirá también), se exaspera al condenar el acto abominable de las burlas y agresiones del varón a otras mujeres, jóvenes. Aquellas chicas eran además en su mayoría extranjeras, y ahí iría a intervenir también la vergüenza nacional, eco perpetuo del 98. Y no del todo paradójicamente, si bien se mira, aquella intervención de Acuña reafirma la superioridad del sexo masculino; al hablar como lo hizo, ella misma reconoce donde está el poder.<sup>12</sup>

Pero Acuña también articuló discursos (bastante influyentes algunos de ellos) que se presentan menos complejos de analizar seguramente, en torno a la maternidad (ella que no fue madre), a la dimensión emocional de la pérdida (del padre en su caso, pero no del marido), al desengaño del patrón romántico del “príncipe azul” (había cedido ella misma también a su espejismo, con veintitantos años...), o a la naturaleza de la pareja ideal (a sus ojos, convivencia igualitaria sin matrimonio, ni canónico ni civil). Asimismo traslada nuestra autora al lector, de manera dramática en ocasiones, su experiencia concreta de relación conflictiva con la madre, especialmente en la adolescencia, pero después ensaya la reconciliación, el “pacto” (y ahí pensamos en Nancy Chodorow, por ejemplo, que considera esa constante el factor más determinante de la configuración psicológica femenina, con los agravios y los resentimientos mutuos, a partir de la lucha de la madre por cumplir su función de reproductora de patrones de género frente a la resistencia ofrecida por las hijas rebeldes: “matrofobia” ha habido quien ha denominado a esta rebeldía),<sup>13</sup> que perduraría hasta el momento en que, con el correr de las dos vidas, se llegaría a la conciliación mutua; o en términos de cultura cristiana, hasta el tiempo de la redención y del perdón. Así es como lo viviría y reflejaría Acuña.

Para finalizar, podríamos seguir recogiendo otros rasgos, nacidos o reaparecidos con el correr del tiempo y de su propia experiencia. Me limito a mencionar que Rosario de Acuña reconstruyó en sus relatos otras diversas prácticas afectivas y de relación: por ejemplo, la práctica del *affidamento* tal y como la define Luisa Muraro, aquel confiarse amistoso de las jóvenes a mujeres más mayores que ellas, más experimentadas y generosas. Hay constancia de que ésta fue una de las formas en que transmitió su experiencia política e ideológica, ya avanzada en edad, desde su aislada casa de El Cervigón, en el Gijón socialista y anarquista de principios del siglo XX. He ahí por tanto materializadas y concretas diversas temáticas del feminismo, como un poliedro, o como un caleidoscopio, en una biografía de mujer.

<sup>12</sup> Desarrollo todo ello con detenimiento en “El poder ambidiestro del lenguaje: Género, injuria y sexualidad en “La Jarca de la Universidad” de Rosario de Acuña, 1911”, en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena (2016), *Espacio público y espacio privado...* pp. 95-170.

<sup>13</sup> “Matrofobia” es el término que inventa la poetisa norteamericana Lynn Sukenick, y que retoma Adrienne Rich en su libro *Nacemos de mujer*. (RICH, Adrienne Cecile (1977): *Of Woman Born. Motherhood as Experience and Institution*. Londres, Virago Press)